



El prestamista

Edward Lewis Wallant
Madrid, Libros del
Asteroide, 2013

WEB

[www.librosdelasteroide.com
/-el-prestamista](http://www.librosdelasteroide.com/-el-prestamista)

Edward Lewis Wallant (1926-1962) pudo haber sido uno de los grandes escritores norteamericanos del siglo XX si no fuera porque murió joven, cuando sólo había escrito tres obras, aunque reconocidas ya entonces. Su calidad literaria es innegable.

La editorial Libros del Asteroide trae al castellano la que quizás sea la más conocida de sus novelas, *El prestamista*, escrita en 1961, finalista del National Book y que dio lugar a una extraordinaria película de Sidney Lumet donde la interpretación de Rod Steiger le valió la nominación al Oscar. El film fue el primero en dar visibilidad a los traumas psicológicos de los supervivientes del Holocausto, casi siempre silenciados. Como curiosidad fue también la primera película estadounidense donde se autorizó a mostrar los pechos de una mujer, los de la novia del otro protagonista, Jesús Ortiz. Es una película inquietante, a veces demasiado histriónica, pero magistral como la obra de Edward Lewis.

El film se realizó en 1965, cuatro años antes Lewis Wallant ya había editado *El prestamista*, donde trataba la psicología del superviviente y lo insertaba en el sórdido ambiente del Harlem neoyorkino de los Sesenta, contraponiendo las miserias humanas del ayer con las de su actualidad.

Sol Nazerman –el autor bautizó al personaje con el nombre de su propio padre–, es un judío polaco, superviviente del Holocausto, que sobrevive en una tienda de empeños donde blanquea dinero un gánster de poca monta. A su vez Jesús Ortiz es su aprendiz, sueña con saberlo todo del negocio y ganar dinero para tener un futuro mejor su novia Mabel, prostituta, y él.

La calidad literaria de Edward Lewis, narrador omnisciente de la trama a momentos con una narración cruda, con unos diálogos despiadados entre personajes que se aman y se odian a partes iguales, unas descripciones de las pesadillas de Nazerman que trasladados al mundo de lo onírico nos ayudan a experimentar las atrocidades de las que fue víctima, conforman un libro que invita al lector a pasar una página tras otra.

La mayoría de la crítica ha querido ver en *El prestamista* la lucha de un hombre que ha pasado por el mayor trauma posible, por la pérdida de su familia en un campo de exterminio, la tortura, para hacerse hueco en el mundo poco virtuoso que le ha tocado después vivir. A nuestro entender *El prestamista* describe precisamente lo contrario. En la línea, si bien más radical, de un Primo Levi o Jean Amery, Sol Nazerman va rechazando desde el amanecer –es sintomático como



Lewis Wallant nos los describe casi siempre minuciosamente, la luz del sol, el calor incipiente, las tonalidades del río Harlem, etc...- a todo el día que le toca vivir. Es un muerto en vida que quedó en el campo de exterminio esperando su hora definitiva, un momento de partir con otros millones que ha sido aplazado. Por ello es un personaje absolutamente desprovisto de empatía, se diría que de virtudes propias; rechaza a la familia de su hermana con la que se siente obligado a convivir –les pasa dinero como algo rutinario, en verdad sin valor-; sermonea constantemente a su amante (otra superviviente atormentada que vive junto a un padre anciano y enfermo); se ríe hasta el paroxismo de un falso superviviente que se dedica a pedir dinero en memoria de las víctimas –otro atrevimiento del escritor denunciar la utilización del Holocausto con fines fraudulentos-; se enfada con una mujer bondadosa que busca compañía y no entiende que Nazerman nunca lo podrá ser; desprecia a unos hispanos que se apoderan de las calles de Harlem con trapicheos y delincuencia; se mofa, en fin, de unos clientes necesitados de dinero y que empeñan cualquier baratija, insultándole cuando Sol les recuerda que si están ahí es porque en esencia son perdedores de la vida.



Nazerman aborrece al género humano. La bondad para él no existe y si aparecen en su vida personas caritativas, humanitarias o simplemente bienintencionadas las despacha como bobas y sin entendimiento. Se enfrenta a aquellas que son malvadas de forma clara, al gánster, a los delincuentes hispanos, pero no como forma de valentía, sino de resignación y apatía. No le importa que le puedan hacer daño, matar. Le interesa más bien que prevalezca ante todo lo que él considera valores perdidos en la sociedad (la decencia, el respeto al semejante, el amor) que siente como propios, a pesar de no poder ponerlos en práctica porque se los arrebataron de golpe durante el Holocausto.

El prólogo del libro, igualmente interesante, lo escribe Eduardo Jordá. Aparece un dato fundamental que recoge a su vez de la hija de Edward Lewis, a la que tuvo ocasión de entrevistar. ¿Cómo pudo el escritor tener un conocimiento de lo que significó el Holocausto para las víctimas o por lo menos lo que se sabía en los Sesenta? ¿Cómo acometió la psicología de estas víctimas alguien que en apariencia ni siquiera parecía haber estudiado a fondo lo ocurrido? Bien, cuando estudiaba en el Pratt Institute, Lewis conoció a Morris Wyszogrod, del cual se haría gran amigo. Wyszogrod era un judío polaco emigrado a Estados Unidos que en 1939 había sido internado en el gueto de Varsovia y después logró sobrevivir como esclavo y pintando dibujos pornográficos para los SS de los campos de Budzyn, Plaszów -donde mandaba el temible comandante Amon Göth- y Theresienstadt. Toda su familia fue asesinada. Edward Lewis basó el personaje del prestamista Sol Nazerman en su amigo, recogiendo casi al detalle sus terribles vivencias.

La línea entre lo trágico y lo cómico, como ya nos demostraron los griegos clásicos, es muy delgada. A las pesadillas horripilantes del Holocausto (miembros cercenados, operaciones

médicas aberrantes, cuerpos quemados en las vallas electrificadas, niños asfixiados en los trenes que durante días marchan hacia otra muerte, mujeres violadas), a la grosería del prestamista frente a la sociedad, le sigue una ironía macabra del mismo, un reírse de su propia desgracia que a la postre es la de la humanidad. Quizás con ello el escritor nos dice que nada cambiará, que el olvido llega pronto a pesar de la gravedad del crimen, que pronto dejará de importar a nadie. Al ser preguntando por parte del dependiente Jesús Ortiz sobre el número tatuado en su brazo, Nazerman dirá: *“es el símbolo de una sociedad secreta a la que pertenezco. Tú nunca podrás formar parte de ella. Hay que saber caminar sobre las aguas”*. Rotundo, directo, trágicamente gracioso.

También aparecen los tópicos antisemitas que a lo largo de siglos han calado en la sociedad moderna actual. No importa que sepamos adónde puede conducir algunas veces la mentira, qué es lo que puede justificar. Esta sociedad olvida y a la larga acaba creyendo, sin justificarse en la verdad ni reflexionar al menos, lo que el imaginario colectivo va inculcando en las mentes. Para los puertorriqueños de Harlem los judíos “se lo han montado bien” ganando dinero a costa de los demás, son grandes negociantes, tienen dinero y por eso se les puede robar, se les debe robar. Muchas veces es el propio Nazerman, en su afán autodestructivo y de rechazo a la humanidad, quien bromea sobre la imagen que la sociedad tiene de los judíos. Se recrea, por ejemplo, en este pensamiento: *“sentía un perverso placer ante la idea de pertenecer a la misma familia y a la misma comunidad de Shylocks que se habían frotado las manos durante siglos y siglos”*.

En el trasfondo el prestamista se lamenta de que la persecución constante y el genocidio masivo del que él mismo fue víctima y testigo no haya hecho nada por cambiar estos clichés. El círculo parece que vuelve a empezar para él. Las pesadillas del campo de exterminio, de la crueldad de los SS, vuelven a revivir en determinadas actitudes y hechos que él reconoce ahora muy vivas, reales en su presente. Eso es terrible, catastrófico para una persona que lo ha perdido todo pero que sabe que la bestia sigue viva.



El prestamista, dibujo de Ramón Acín (1888-1936)

En definitiva, *El prestamista* supone una buena noticia: la recuperación de un libro imprescindible para reconocer a un gran autor. El título tiene la virtud de que nos habla de una sociedad marginal estadounidense que no se ha ido y de la psicología de un superviviente del

Holocausto. Hasta entonces nadie la había tratado en el campo puramente literario, narrativo si se quiere, pues sólo aparecía en memorias biográficas, ensayos y estudios académicos.

Edward Lewis Wallant y su obra cayeron en el olvido tras su prematura muerte por un aneurisma en 1962, pocos días después de regresar de una larga estancia en Barcelona donde escribió algunos relatos cortos. Ahora vuelve a ser reconocido y por fortuna sus novelas reeditadas (también exitosa ha sido *Los inquilinos de Moonbloom*). *El prestamista*, un libro y una película que todos deberíamos leer y ver.

Javier Fernández Aparicio

Septiembre 2013